



## Participación

Para comprender mejor la vinculación que inspira Amartya Sen entre el concepto de Desarrollo Humano y el de participación, debe diferenciarse el concepto de *bienestar* del de *agencia*. El primero “abarca los logros y las oportunidades de la persona en el contexto de su provecho personal”. El de *agencia* hace referencia a la posibilidad que tiene una persona de ser responsable de su bienestar como “agente” y no sólo como beneficiario “paciente”, a la capacidad de actuar o negarse a actuar, pudiendo decidir también actuar de una forma o de otra para establecer objetivos, fidelidades, obligaciones, compromisos y, en un sentido amplio, su concepción del bien.

Mientras que la libertad de bienestar es la que permite conseguir algo en particular –a saber, el bienestar–, la de ser agente es más general, puesto que no está vinculada a ningún tipo de objetivo en particular. Podría servir incluso para sacrificar el propio bienestar en favor de un ideal considerado valioso. El aspecto del bienestar es muy importante para valorar temas de justicia distributiva –incluyendo la desigualdad económica– en la evaluación de la situación en la que se encuentra una persona en términos de su provecho individual. El aspecto de la *agencia* es más amplio, pues incluye la valoración de las diversas cosas que las personas querrían que ocurrieran y la capacidad que tienen para concebir y alcanzar sus objetivos.

La importancia de la *agencia* es independiente del juicio que pueda establecerse acerca de sus fines. Como ya se afirmó, la libertad para actuar en procura

de objetivos fijados en forma autónoma por cada persona permite a ésta revalorizar los resultados de sus acciones, según haya podido influir o no en el estado de bienestar alcanzado. Además, refuerza la concepción de las personas como agentes responsables. Incluso, la evaluación de resultados negativos –en el caso extremo, la comisión de delitos– es diferente según las oportunidades de actuar que pudo tener la persona para arribar a ellos.

En ciertas concepciones especialmente difundidas en las ciencias económicas, ambos conceptos se consideran idénticos, en tanto se ignoran las acciones de las personas que no procuran su bienestar. Pero teniendo en cuenta que el horizonte de valoraciones de una persona supera ampliamente esta reducción teórica, la diferenciación toma gran importancia: “hay otras metas además del bienestar y otros valores además de las metas”. Como miembros de una familia, de una comunidad, de un determinado grupo social, las personas tienen motivaciones que frecuentemente implican la realización de actividades que generan incluso un menoscabo de su bienestar personal.

Así, tomando en cuenta estas consideraciones, pueden diferenciarse cuatro dimensiones interdependientes del Desarrollo Humano: oportunidades de bienestar, oportunidades de *agencia*, capacidad de bienestar y capacidad de *agencia* –en términos de Sen, *logro del bienestar*, *logro de la agencia*, *libertad del bienestar* y *libertad de la agencia*. Estas dimensiones están íntimamente vinculadas, en tanto, por ejemplo, es posible que las

oportunidades de bienestar disminuyan si una persona se ve frustrada al no lograr lo que aspiraba como agente. Pero también pueden ser contradictorias: por ejemplo, puede ocurrir que por aumentar su bienestar actual alguien se endeude excesivamente y por tanto disminuya sus oportunidades de actuar libremente en el futuro.

La condición de ser agente de una persona puede afectar a su bienestar, y el estar bien puede contribuir también a la capacidad de la persona para actuar en la búsqueda de otros objetivos. Pero la necesaria interdependencia entre estas dimensiones no siempre implica que el aumento de una signifique automáticamente el desarrollo de otra: puede ocurrir, por ejemplo, que para desarrollar la capacidad de agencia que implica el acceso a un mayor nivel de educación formal, se requiera resignar dinero que podría brindar oportunidades inmediatas de bienestar. Frecuentemente también las personas orientan sus oportunidades de agencia según valores de solidaridad, incluso a través del cumplimiento de normas legales. En este esquema, son los valores de las personas los que determinan de qué formas elaboran sus estrategias para incrementar su Desarrollo Humano.

La consecución de objetivos que no se centren en el propio provecho de las personas suele requerir de su capacidad de organización para participar en instituciones públicas o comunitarias. En especial si lo que se requiere es formular políticas o influir sobre las decisiones de las instituciones públicas, la organización popular es determinante para lograr una mayor equidad en sus oportunidades de participación. Eric Hobsbawm, al reflexionar sobre las formas de organización de los partidos políticos que representan a sectores populares, menciona que una sustancial diferencia entre un empresario y un trabajador es que el primero puede realizar hechos sociales relevantes por sí, y el segundo requiere del poder social de una

organización para lograrlos; en verdad, el empresario tiene mayor capacidad porque puede apropiarse del poder social de la organización que dirige: la empresa. En este sentido, la participación comunitaria es una dimensión de la agencia de las personas que requiere de la organización para hacerse efectiva en forma equitativa.

Pero también debe remarcar que la eficacia de la participación depende en buena medida de la capacidad de las instituciones en las cuales se enmarca. Así, los conceptos de gobernabilidad y participación se vinculan muy estrechamente, en la medida en que las personas evalúen que las instituciones hacia las cuales orientan sus actividades son efectivamente capaces para transformar la realidad. Ello lleva necesariamente a una consideración acerca de las formas de representación en el Estado moderno.

El análisis de la participación comunitaria puede diferenciarse en tres niveles que interactúan: disposición de *recursos* (económicos, sociales, políticos, culturales) suficientes como para influir en las diferentes etapas de las políticas públicas; existencia de un fuerte sentimiento de *identidad* comunitaria que promueva la predisposición para ser parte de la construcción de un destino común; y capacidad de intervenir con *eficacia* en los procesos de debate y decisión pública para transformar la realidad en función de objetivos explícitamente formulados.

## Crisis de representación

El Desarrollo Humano implica la revalorización de la política en el proceso de provisión estatal y comunitaria de bienestar y de fomento de la participación de las personas. La política supone la acción colectiva, plural y consciente de transformación de determinados aspectos de una realidad no concebida como una “natura-

leza inmodificable” recibida, sino como un proceso en el cual interviene la capacidad de institución fundada en valores de la comunidad. Esta capacidad se puede traducir en términos de poder, que no es asunto de buenas o malas intenciones, sino de conformación y distribución de espacios efectivos de representación que permiten potenciar la participación y la gobernabilidad. En este sentido, la crisis en la que actualmente se encuentran algunas instituciones estatales de representación implica amenazas y a la vez oportunidades para el Desarrollo Humano.

La noción de crisis de representación se vincula con la percepción de una distancia entre la sociedad y el gobierno, cuya manifestación más visible es la creciente apatía política de los ciudadanos, en particular de los más jóvenes. Pero detrás de ella se han generado otros procesos de transformación estructural de las instituciones de representación: la transformación del modelo organizativo de los partidos políticos, una nueva relación de fuerzas entre la política y la economía, el crecimiento de nuevos factores de poder y el surgimiento de nuevas formas de participación comunitaria que actúan por fuera de las estructuras partidarias, y hasta en competencia con ellas.

La creciente apatía política de los ciudadanos en América Latina es descrita por Guillermo O’Donnell con el concepto de “ciudadanía delegativa”: se cumplen los requisitos formales de una democracia representativa, pero las personas se desentienden de la política delegando el poder en los gobernantes al votar. Este déficit en la participación política afecta la calidad de la democracia. Las explicaciones que se busquen a este proceso no pueden considerar exclusivamente factores internos a la política: entre otras, pueden mencionarse la ocurrencia de transformaciones importantes en la cultura por la difusión de pautas narcisistas de comportamiento, las nuevas difi-

cultades de los estados nacionales para enfrentar la concentración del poder financiero en el ámbito internacional o la actual escasez de oportunidades de socialización que en el pasado permitía el empleo estable generalizado.

Crece también la desafección de quienes perciben que la política no puede influir positivamente en su vida personal y, a la inversa, que ellos no pueden afectar a la política. Esta desafección se manifiesta fundamentalmente en la caída del nivel de afiliación política, en la abstención electoral y en la falta de confianza en la eficacia de las decisiones políticas. Entre la juventud contemporánea, la delegación suele estar acompañada de una brutal desesperanza respecto a lo que pueda llegar a lograrse a través de las instituciones estatales.

Ahora bien, la apatía política se asocia también a una “apatía de la política”, en tanto ha entrado en crisis la confianza que tienen los representantes en las posibilidades de formular y ejecutar desde el Estado grandes proyectos políticos transformadores. Si bien puede considerarse positivamente la decadencia de los “grandes relatos” totalitarios, o la de eternas discusiones sobre aspectos abstractos que impedían llegar a considerar en los debates las medidas instrumentales, lo cierto es que éstos en gran parte fueron reemplazados por pequeñas articulaciones técnicas.

Los representantes ya prácticamente no ven su actividad cotidiana como parte de un gran proyecto colectivo de transformación social, y en todo caso formulan estrategias para fortalecer algún aspecto parcial de la realidad o –en la mayor parte de los casos, y especialmente en los niveles de gestión local– recuperar oportunidades puntuales perdidas en los últimos años. Si en alguna parte de la política queda pasión, es en la militancia social de ayuda a los excluidos: no es tanto fruto del sentimiento de pertenencia a un proyecto de grandeza, sino de la

sensación de estar cumpliendo un papel de rescate, similar al de tripulantes de ambulancias que evitan que los heridos se desangren, pero no que se accidenten.

A estos cambios se ha adaptado el modelo organizativo de los partidos políticos. El nuevo sistema de partidos se caracteriza por una desideologización creciente, la pérdida numérica y de importancia de afiliados y militantes de base, el fortalecimiento relativo de los políticos situados en la cumbre y un debilitamiento de los lazos de relaciones cotidianas con el electorado. Los líderes confían cada vez más en las estrategias diseñadas a partir de encuestas y ejecutadas a través de los medios masivos de comunicación, que en las antiguas estructuras locales. Al proveer sus estrategias de fuentes similares y aspirar a captar el mismo electorado, las diferencias entre los partidos se hacen menos programáticas que de “imagen”.

La creciente influencia de los medios de comunicación genera una nueva forma de lazo representativo elector-candidatos. Ellos posibilitan al candidato darse a conocer sin depender de la estructura partidaria, y esto conlleva un traslado del espacio político anteriormente ocupado por los partidos, “de la plaza a los estudios de televisión”. Los medios tienen una gran capacidad para construir la agenda política y adueñarse de los términos del debate público. La actividad política también se encarece y hace más selectiva por la necesidad de financiar espacios en los medios. Las personalidades que éstos reproducen reemplazan en parte la actividad militante, provocando una transformación en la estructura de los partidos: el esquema de cuadros, generalmente jerárquico y especializado, de todas formas permitía una interacción y por consiguiente una mayor distribución del poder al interior de unidades de representación colectivas.

La reciente personalización de la política no reside justamente en la emergencia de grandes personalidades. Lo que sí resul-

ta inédito es la sobrevaloración de características personales vinculadas al trato cotidiano –los rasgos “humanos” de la personalidad: sus inquietudes, sus gestos, sus pasiones, sus relaciones personales– y no la naturaleza de las funciones que deben desempeñar. De acuerdo a este imaginario narcisista, sólo las virtudes privadas constituirían la virtud pública. En contradicción con esto, los representantes políticos como grupo –e incluso individualmente– son acusados simultáneamente de deshonestos y poco idóneos: sólo hay vicios privados que son la única medida de un gran vicio público.

Si bien no debe dejar de señalarse nuevamente la profunda decadencia de la ética política en determinadas instituciones gubernamentales, también la crisis de imagen de la política se debe a la competencia que hoy representan los grandes grupos económicos y los medios masivos de comunicación. La sospecha generalizada constituye una “jaula de hierro”: para ser político ahora no solamente hay que diseñar un buen proyecto y exponer en términos “mediáticamente aceptables” las medidas que permitan instrumentarlo, sino que también hay que demostrar “buenos sentimientos”.

Si rara vez lo pueden hacer en forma aislada, en conjunto, los medios masivos de comunicación suelen influir significativamente sobre la opinión pública. Aunque no se trate de una actividad deliberadamente planificada, la difusión de ciertas tendencias comunes en las actitudes críticas hacia la política provocan graves riesgos para la formulación de reformas estructurales en las instituciones del régimen democrático. Probablemente, la credibilidad de los medios aumenta a medida que se muestran críticos respecto de las propuestas políticas, o al menos se debilita cuando no lo hacen. Pero a veces se pretende dar por demostrado que la causa principal de los males de la comunidad es resultado de la mala fe de los políticos en su conjunto. En la medida en que este argumento se difunde, la actividad política

se torna defensiva y suele recurrir en situaciones de parálisis que procuran ser resueltas por las vías menos comprometidas; es decir, aquellas que implican una menor capacidad de transformación: es mucho menos arriesgado ser un administrador eficiente que tomar decisiones; es más fácil preservar el honor personal si se evita la tentación de promover reformas estructurales. El regodeo en el ataque a las personalidades políticas, acusándolas de ser menos eficientes que los tecnócratas y menos sinceras que los periodistas, promueve la difusión del descrédito de las instituciones públicas, arrastrando en la caída a cualquier proyecto político de remoción de las restricciones estructurales al Desarrollo Humano.

Pero junto con esta crisis de representación, se fortalecen grandes oportunidades de movilización popular a través de otros canales de participación complementarios a las estructuras partidarias. Los partidos políticos siguen concentrando la representación institucional, pero ceden parte de la representación social ante un circuito de organizaciones comunitarias que agrupa demandas que no se procesan por los niveles partidarios. Estas tienen una lógica distinta a la política, ya que son sectoriales, en general no mantienen niveles de movilización permanente y excluyen los criterios partidarios como factor de unidad. Sin embargo, su fortaleza reside en su capacidad de adaptación a nuevas realidades, las oportunidades que brindan de rehabilitar formas comunitarias de construcción de identidades y su agilidad para articular recursos sociales de muy diferente origen. De hecho, el Estado ha reconocido su creciente relevancia en los últimos años, fortaleciéndolas institucionalmente –muchas de ellas reciben del patrimonio estatal una muy importante proporción de sus recursos materiales– y asignándoles importantes funciones en el diagnóstico, formulación, ejecución, evaluación y control de las políticas públicas.

Por otro lado, también las organizaciones partidarias locales pueden ayudar a revertir la crisis de representación, en la medida en que se adapten a los cambios operados en las estructuras de poder nacional e internacional. Su desarrollo permitirá que el proceso político se extienda entre una ciudadanía que por ellos puede tomar un efectivo papel de agente. Pero para que ello sea posible, se requiere realizar un profundo esfuerzo por religar los poderes locales con los cuadros técnicos de los gobiernos provinciales y nacionales. Los partidos con militancia “territorial” –ya hay muchos que no la tienen– crecientemente ven que aun sus integrantes más fieles se desligan: por un lado, un conjunto de profesionales con capacidad para conducir ministerios; por el otro, una amplia cantidad de militantes locales que vinculan al partido con los ciudadanos en la gestión local, pero con muy escasos elementos como para debatir las decisiones de la élite técnica partidaria. La falta de vinculación entre unos y otros hace débil la posibilidad de que el partido pueda cumplir una función de polea de transmisión entre las demandas ciudadanas y la capacidad de formular políticas con sustento técnico para articularlas.

La revalorización de la política local constituye una oportunidad para revertir esta situación, en tanto se consoliden los procesos de adaptación a las oportunidades y amenazas que generan los cambios estructurales mencionados. La descentralización de políticas públicas es una propuesta instrumental que se funda en esta esperanza.

## **Obstáculos y visiones alternativas**

En cada momento histórico se concibe una función social para la juventud en base a estereotipos que le asignan va-

lores y funciones. Actualmente, cualquier debate acerca de las políticas de juventud suele suscitar rápidamente la moción de imaginarles espacios de participación, de la misma forma que para los niños se piensa en protección y para las mujeres en la igualdad. Obviamente, no todas las versiones sobre la participación coinciden. Para algunos, la participación es un objeto de bajo costo y que puede servir para mantener entretenidos a los jóvenes mientras realizan algún aporte gratuito a la comunidad. Desde una perspectiva opuesta, se formulan fuertes expectativas en relación al papel que esta generación de jóvenes ha de cumplir en el aprendizaje de las formas democráticas de convivencia, en los modos pacíficos de resolución de conflictos y en el desarrollo de la solidaridad como parte de la responsabilidad social hacia la población menos favorecida. En esta visión, se espera mucho de la juventud en lo que concierne a la reconstrucción del espacio público y la transformación de la política.

Se espera de la juventud que participe, involucrándose e involucrando sus potencialidades en transformaciones sociales. Pero además, se sostiene que la participación produce autonomía, emancipación de los padres, afirmación de identidad, gestación de opiniones propias sobre los asuntos públicos y adquisición de capacidad de exposición de las mismas. Se pretende la exposición junto al parecido, pero también frente al diferente, gracias a lo cual se evitaría el riesgo de una eterna adolescencia.

Hay una serie de condiciones globales que influyen en los modos en que se expresa la actual participación juvenil, y otras que son más bien de orden nacional o local. En primer lugar, los individuos y las familias se vuelven más centrados en sí mismos, más autosuficientes. Se trata de una tendencia global que obedece a diversos factores, como el aumento del individualismo o el arribo de mayor canti-

dad de tecnologías de la comunicación a los hogares. Esto tiene su contraparte en el aumento de la inseguridad en el nivel local, que produce un mayor aislamiento respecto al exterior y a lo público. Ambos cambios hacen que la sociedad civil y la política se vuelvan menos atractivas y más distantes.

Algunos autores hablan de “tele-ciudadanos”, que no obtendrían su experiencia de la vida pública en el espacio de la ciudad sino a través de la pantalla. Se trataría de ciudadanos altamente informados y escasamente comprometidos con el bien público. La vida pública pasaría a ser un espectáculo, ya no una vivencia cotidiana. En este marco, se inscriben algunos programas televisivos “de investigación”, que hacen referencia a temas como la pobreza extrema, la prostitución o la cárcel, con los que algunos sectores tienen escaso o nulo contacto en la vida real, pero a los que llegan íntimamente a través de testimonios de algunos de sus protagonistas que fácilmente se traducen en términos escandalosos, apelando a una sensibilidad y llamando a una responsabilidad social que se apagan con el control remoto.

No se trata de un fenómeno que se agote simplemente en el espectáculo de la marginalidad: tribunales ficticios, interpelaciones llevadas a cabo por jóvenes “de buena familia”, operativos policiales reales, hospitales públicos, toda una larga serie de programas que muestra aspectos sórdidos de la vida cotidiana de millones de excluidos, como si fueran excrementos expuestos sin el riesgo de que su olor traspase la pantalla. Eludidas las instituciones públicas, la televisión hace uso de su doble rol de distribuidora de falsas acciones ciudadanas y de generadora de entretenimiento masivo. En el límite, facilita la ilusión de que demostrar indignación es una forma válida de ejercer la ciudadanía desde la comodidad del propio dormitorio.

Los medios promueven la desinformación y el desinterés respecto al mundo

que excede lo inmediato. A la vez, el horizonte de lo inmediato se ha acercado tanto que el campo de preocupación por el mundo se ha achicado hasta lo muy próximo. El contacto con lo diferente a uno mismo ha disminuido y prevalece el desconocimiento, cuando no el rechazo: los contrastes más triviales se exageran. En este contexto, hasta el similar ha pasado a ser diferente. Así, sin idea de conjunto o colectivo propio, difícilmente puedan engendrarse ideales que promuevan la acción colectiva.

En segundo lugar, si bien han avanzado los procesos de democratización y consiguientemente los espacios de participación, los jóvenes de todo el mundo muestran una desconfianza generalizada en las instituciones políticas, en sus capacidades y en su efectividad, y en su imparcialidad en la distribución de recursos y servicios. En este punto, los jóvenes no se distinguen en sus formas de concebir el funcionamiento de los poderes públicos. Manejan los mismos criterios que el resto de la población, con la diferencia de que no pueden invocar un paraíso perdido, ya que jamás han vivido en épocas en que la política despertara pasiones, y de hecho retraducen los hechos pasados en clave actual: para ellos, la política siempre ha sido el reino de los intereses mezquinos y la pura ambición.

El proceso de desvalorización de las grandes ideologías suele venir acompañado de una denuncia generalizada del “sistema”. Se trata de una actitud crítica que se solaza en la negación fútil de lo estatuido, por otro lado incompatible con un compromiso localizado, bien definido y continuo. El español Miguel Delibes se quejaba hace ya casi 50 años de “esa juventud que se siente ya de vuelta de todo, consumida por el tedio, incapaz de inventarse un interés que dé orientación y un sentido a sus vidas”. Con otro humor e involucrándose personalmente, el británico Martin Amis ironizaba respecto a la forma en que

el joven protagonista de su novela traducía una ideología crítica en un sentimiento personal: “en esos momentos comprendía lo poco firmes que eran en realidad mis afirmaciones de auténtica preocupación por los problemas sociales. Al igual que la mayoría de la gente, supe que tengo ambiguos sentimientos de culpa ante los que son de una clase inferior, ambiguos sentimientos de envidia ante los que son de una clase superior, más la obligatoria decepción con respecto al Sistema en sí”.

La televisión es el principal medio por el cual todos, jóvenes y adultos, se informan sobre los acontecimientos públicos y la actualidad política. Así, la información que circula y se maneja es vasta pero de poca profundidad. El mundo se reconstruye imaginariamente en imágenes, y el texto, la palabra o el debate pierden valor. La imagen implica instantaneidad, no da tiempo a la reflexión, y la política pierde riqueza: la inmediatez con la que se mueve el mundo demanda decisiones instantáneas, sin reflexión ni debate. La televisión no transmite la pugna entre proyectos alternativos de sociedad, porque no la puede retraducir en su clave. Muchos jóvenes llegan a percibirlo, pero a la vez lo conciben como un aspecto meramente de interés personal: al no creer básicamente en la posibilidad de que la política sea un mecanismo de transformación social, solamente llegan a percibir que la televisión no refleja suficientemente los aspectos colectivos de la lucha política. Es decir, saben que no todo es show, pero menosprecian lo que la política pueda aportar en la configuración de la sociedad.

Varios estudios señalan la disminución de la participación juvenil en las elecciones en los países en los que el voto es voluntario y un bajo convencimiento en la idoneidad de su elección, además de un importante nivel de abstención en los países en los que el voto es obligatorio. De todos modos, se destaca la importancia numérica de los votantes juveniles en los

países latinoamericanos, las desigualdades etarias y socioeconómicas en información y formación en competencias y opinión política y, sobre todo, la urgencia por mejorar la representatividad de los jóvenes en los debates en espacios públicos, entre los candidatos, los funcionarios electos y en los partidos.

Si bien las expectativas respecto a la participación juvenil son altas entre algunos adultos, la evaluación que hacen de la misma no suele ser del todo satisfactoria. Entre las visiones sobre la participación juvenil –tanto de especialistas como de personas que no lo son– se reconocen diversas concepciones, en ciertos casos complementarias y en otros absolutamente divergentes.

Hay quienes se inclinan a pensar que los jóvenes son políticamente más apáticos que el resto de los sectores de la sociedad. Desde esta óptica se los suele concebir como un gran grupo homogéneo y se responsabiliza del desinterés a “los políticos”. Se reconoce el rechazo de los jóvenes al sistema político en general, pero se les reclama “oposición activa y debate”.

Otros consideran que los jóvenes han cambiado sus formas de participar como consecuencia de una tendencia mundial hacia el individualismo y de una transformación hacia nuevas formas de expresión. Muchos jóvenes se han volcado hacia asociaciones más ligadas a la acción social directa, la cultura y los nuevos temas, como el ambiente o la salud reproductiva. Suelen agruparse para perseguir cambios en el nivel local y a corto plazo, que no guardan relación con lo nacional o los grandes relatos de cambio social.

Asimismo, hay en el otro extremo un mundo de jóvenes en red que lucha por reivindicaciones globales, genéricas, extensibles a cada uno de los lugares desde los que se conectan a la comunidad virtual, y sin demasiada consideración hacia las particularidades locales. Según esta visión, se trata de nuevas formas de expresión de la

política que desconocen las vías clásicas, duras y normalizadas, y reivindican formas no institucionalizadas y espontáneas de hacer política.

Algunas maneras de agrupación incluso no persiguen objetivos que trasciendan al propio grupo. Ese repliegue sobre sí mismas las aparta de interlocutores adultos, con lo que quedan marginadas de lugares o contactos con los que podrían producir transformaciones. Además, como señala el español Bernales Sastre, “parece que se están acabando aquellas militancias en las que una o un joven entraba a formar parte de una organización y crecía dentro de esa organización. La juventud actual realiza diversas militancias temporales en distintas organizaciones o grupos informales a lo largo de su trayectoria”.

Desde una visión similar, la francesa Florence Raynal señala que el compromiso de los jóvenes se caracteriza por “una capacidad de acción en varios frentes al mismo tiempo y por mezclar los retos planetarios con los de proximidad”. Según sostiene, políticamente y respecto a generaciones pasadas, no habría disminuido el compromiso real de los jóvenes, sino su forma de comprometerse. Esta situación concuerda además con el tiempo en el que viven la mayor parte de los adultos. Para Henry Betancourt “lo juvenil es mezcla de alineación y resistencia, de conservadurismos y emancipación como cualquier otro actor”.

Otro enfoque concibe a la juventud como un reservorio de ética y de capacidad de acción en cuestiones de interés público. Desde esta perspectiva, los jóvenes están libres de los vicios adultos: de acuerdo al testimonio de un especialista entrevistado, “*como los jóvenes están menos enviciados, es muy importante que los proyectos con jóvenes no sean profanados, que se mantenga la claridad y la honestidad a rajatabla. Hay que cuidar esa pureza. Los grandes en cosas de chicos meten corruptela*”.

Además, los jóvenes estarían exentos de los temores y rencores provenientes del pasado político, con lo cual estarían menos condicionados en sus opciones y decisiones. Por último, desde esta visión, la juventud comprendería a la democracia como un valor fuerte y perfeccionable a pesar de los matices de su puesta en práctica: “*para los jóvenes los militares no son opción*”.

Otra óptica señala una lucha entre generaciones: la política sería “adulto céntrica”, un campo de dominio de los adultos en el que no habría lugar para los jóvenes. No a causa de diferencias ideológicas, sino por discriminación hacia lo juvenil a través de su desconocimiento como sujetos. Ese desconocimiento se lograría en determinadas circunstancias a través de su *infantilización*, en otras por medio de su estigmatización o la generalización de conductas indeseables al conjunto, o simplemente ignorándolos.

A su vez, la CEPAL destaca el deseo de autonomía como una de las razones que explicarían el rechazo de los jóvenes específicamente a las agrupaciones políticas. Según quienes comparten esta opinión, los jóvenes no están interesados en formar parte de organizaciones que, para su forma de ver, son “verticalistas” y en las que se los manipula en beneficio de los intereses de alguna figura adulta. El proceso de emancipación de los padres inhibiría el deseo de entrar en asociaciones en las que otros adultos lideran y exigen lealtad. A la vez, en general no querían adherir al conjunto de una línea política, sino conservar la autonomía de pensamiento. De ahí, la tendencia a agruparse con pares y a autogobernarse, en algunos casos, aun a costa de la efectividad de las acciones de la agrupación o aceptando que la captación de recursos para la misma será casi imposible.

Finalmente, desde una visión más fijada en los aspectos económicos, se afirma que a veces la juventud muestra tener

menos interés “por querer cambiar el mundo que por lograr integrarse a él”. Además, en general la convocatoria a la participación juvenil en política es tan limitada en sus alcances que para quienes viven en la pobreza puede llegar a ser “más interesante discutir quién será el jefe de una banda”, pues aun en este caso se daría más importancia al sujeto. Ciertas actividades ilegales se transforman en ámbitos en los que es posible sobresalir, ser reconocido y escuchado.

## Participación en políticas de juventud

La preocupación por el papel que asume la juventud en los debates sobre temas que conciernen al conjunto de la sociedad también se extiende al grado de participación que tienen en cuestiones que hacen a sus propios intereses como jóvenes.

Una crítica que se les hace comúnmente a las juventudes de los partidos es que no suelen ocuparse de la política de juventud, sino que se orientan básicamente hacia los mismos asuntos que los adultos. En general, no debaten temas propios, no forman dirigentes para ese objetivo, ni hacen propuestas en ese sentido. Así, los pocos jóvenes comprometidos con la política partidaria no se diferencian de los militantes adultos, y la desconfianza hacia la militancia y la representación, así como el desprestigio de la política partidaria, acaba proyectándose también a ellos.

Varios autores mencionan la transitoriedad de la juventud como una de las razones que explicarían la falta de organización y movilización que tienen como grupo político. Sin embargo, este argumento no alcanza a explicar cómo es que la juventud tuvo un papel protagónico en la vida política en otros momentos históricos. Además, actualmente no puede hablarse de una juventud fugaz, en tanto se ha pro-

longado y generalizado al conjunto de la población. Por tanto, esta afirmación no parecería ser del todo acertada o, al menos, suficiente.

Desde la CEPAL se explica en cambio que, “mientras los trabajadores y las mujeres se guían por las dimensiones materiales de su existencia, los jóvenes lo hacen en función de las dimensiones simbólicas de la misma. Pelean por causas eminentemente justas y sumamente relevantes (la paz, la democracia, el ambiente, los derechos humanos, etc.) pero no por reivindicaciones específicas (empleo para jóvenes, salas de hospitales y especialistas específicos para adolescentes, etc.)”. Además, según indica el mismo organismo, los grupos que se conforman son socialmente más homogéneos que los que se configuraban en décadas pasadas. Así como se produce fragmentación social en otros ámbitos, también en la política las personas empiezan a agruparse según su condición social. Algunas organizaciones buscan revertir esta tendencia reuniendo a jóvenes de diferentes extracciones sociales, pero son grupos muy pequeños o iniciativas de bajo impacto en su cobertura. Llama la atención que aún así las expectativas de los jóvenes respecto al alcance de su participación no estén ligadas a sus preocupaciones cotidianas. Resulta difícil también para los poderes públicos locales la formulación de políticas de juventud, en tanto no se conforman como grupo de presión ante las autoridades, y muestran mucha mayor homogeneidad en lo que rechazan que en lo que demandan.

De todos modos, el abandono de la política partidaria no debería mencionarse aisladamente, sin hacer una alusión al voluntariado como práctica juvenil de amplia acogida. La trabajadora social chilena Gabriela Fernández explica la atracción que dicha práctica ejerce sobre los jóvenes: adherir es un acto de clara autonomía; tratándose de una actividad que se

realiza colectivamente, la acción voluntaria supone una pertenencia a un colectivo del que se elige formar parte libremente; se trata de un campo con una lógica que dista de la política formal, rechazada por sus criterios de cooptación y hegemonía; permite además conciliar el esfuerzo personal con una cierta utopía solidaria, posibilita una vinculación inmediata y directa entre la inversión y la retribución, y permite al joven ser protagonista y no marginado, proveedor y no dependiente, héroe y no víctima, meritorio y no objeto de sospecha por parte de los adultos.

Es preciso reconocer sin embargo que la mayor parte de las organizaciones no gubernamentales no han alcanzado todavía un peso significativo en la toma de decisiones sobre cuestiones juveniles. Resulta un problema que las organizaciones que trabajan sobre la elaboración de propuestas o en proyectos originales y de impacto positivo para la juventud, no hayan sido suficientemente apoyadas ni reconocidas. Por el contrario, normalmente acaban siendo más visibles aquellas organizaciones especializadas en el planteamiento constante de demandas o en acciones de protesta.

## Propuestas de índole práctica

Algunos de los adultos consultados para la elaboración del presente Informe han aportado propuestas prácticas para la formulación de políticas de promoción de la participación juvenil. A continuación, se sistematizan los principales aportes realizados.

Muchas veces es preciso empezar con pequeñas tareas que involucren un mínimo compromiso por parte de los participantes. Una vez que éstas comienzan a funcionar, es posible montarse sobre ellas y ampliar las actividades y el compromiso

de quienes las llevan a cabo. Así, sobre la base de proyectos de corto alcance que funcionan, los propios jóvenes perciben sus posibilidades, el peso de sus decisiones y el poder de su organización. Asimismo, es posible ampliar paulatinamente los fines de los proyectos, comenzando por la búsqueda de impacto sobre el desarrollo personal o grupal, para iniciar luego acciones que los tengan como protagonistas del desarrollo de sus comunidades.

Eventualmente podría promoverse el liderazgo juvenil a través de la detección de referentes juveniles en las diferentes áreas del Estado. En muchos sectores hay jóvenes trabajando que podrían ser consultados y vinculados entre sí, a fin de comenzar a delinear las especificidades y de formar técnicos especializados.

También en vistas a formar líderes juveniles que participen en los asuntos públicos sería deseable un análisis del trabajo de las iglesias: los grupos juveniles religiosos son un modelo en su capacidad de nuclear y movilizar jóvenes que suelen tener a otros jóvenes como líderes. Asimismo, suelen crear factores y espacios de atracción hacia los jóvenes de los que es necesario aprender para extender a otros campos; la peregrinación anual a Luján es un ejemplo de un acontecimiento de amplia participación juvenil que, si bien no tiene continuidad, asombra por su capacidad de atracción.

Los ancianos no están teniendo un rol suficientemente significativo en la política, pese a que suelen ser tan osados como los jóvenes. A través de actividades intergeneracionales que hagan uso de ese punto de convergencia podrían suplirse problemas como la falta de referentes adultos.

La formación política de los jóvenes genera temores infundados, debido probablemente a los recelos generalizados respecto a la actividad partidaria. Muchos jóvenes demandan ser capacitados sin importar sus preferencias ideológicas o

doctrinarias, y ello puede ser aprovechado en la formación para la participación en la gestión de lo público y lo comunitario, que por otra parte suele constituir un vacío entre muchos adultos, quienes de todos modos tienen la responsabilidad primaria en la reforma política.

## La visión juvenil de la participación

Para la elaboración del presente Informe, durante el año 2004 se llevaron a cabo en diferentes regiones de la Provincia de Buenos Aires talleres con más de 200 jóvenes militantes, voluntarios y no participantes activos en política, en los que se debatió sobre la participación política juvenil, su significado y su valor, y sobre el papel que pueden desempeñar los jóvenes como protagonistas del desarrollo humano de sus comunidades. Entre otros temas, se propuso trabajar la idea de participación en relación a la toma de decisiones en la gestión pública y social local. Algunas de las conclusiones de dichos encuentros se exponen a continuación.

Los jóvenes argumentan a favor de la ampliación de sus niveles de participación de diferentes maneras. La primera justificación surge desde su relación con el futuro: ellos serán quienes conduzcan en algunos años y es necesario formarlos para que reemplacen a los dirigentes actuales. Pero razones de este tipo no resultan suficientes. Si la ampliación de la participación juvenil fuera simplemente una forma de asegurar el recambio, sería más útil formarlos políticamente, sin otorgarles un papel en la toma de decisiones, hasta tanto estuvieran preparados. Es decir, la participación juvenil no tendría sentido más que como un aprendizaje de la participación adulta. No parecería ser esta una lógica correcta. ¿Tienen los jóvenes visiones diferentes que puedan enriquecer la

gestión de lo público? ¿Tienen demandas puntuales por las que deban ser incorporados como parte activa en la gestión de lo público y lo comunitario? ¿Pueden reconocérseles temas, habilidades o aptitudes en las que superen al resto de la población? ¿Cuáles son las razones por las que su participación es necesaria y no solamente un lujo accesorio?

En general, los jóvenes estudiantes, dirigentes estudiantiles, militantes de partidos políticos y de organizaciones comunitarias, no tienen un discurso previamente elaborado acerca de las razones por las que debería llevarse a cabo una política de promoción de su participación. De hecho, les cuesta concebirse como actor político, como grupo social con conciencia de pertenencia grupal determinada para la acción pública—prácticamente no refieren a sus eventuales intereses comunes, por oposición a los de los adultos— o con una voluntad de acción social o política común. Pareciera que ser joven fuera sinónimo más de la portación de una sensibilidad (como en algunos casos se caracterizan los feminismos) que de una capacidad o una voluntad colectiva determinada.

En primer lugar, la mayoría de ellos carece de una idea de política institucional. Piensan espontáneamente en motivaciones personales: la participación para ellos difícilmente pueda ser promovida por un contexto institucional o cultural, porque es concebida más bien como el producto de preferencias e intereses individuales. Algunos incluso entienden que la participación es “*el cambio desde uno mismo*”. En esta visión, las utopías se alcanzan desde la transformación de la propia actitud frente al mundo, desde la suma de cambios individuales. Otros otorgan a la participación un significado más ligado a la asociación de intereses particulares en beneficio de un bienestar común superior. Ninguno de los consultados parece entender la participación como un mecanismo únicamente efectivo desde la fuerza de

amplias mayorías. En este sentido, los jóvenes tienen dificultades para pensar en políticas de promoción de la participación, por cuanto no la refieren a un conjunto de incentivos y obstáculos.

Cuando se les pregunta si tienen un ideal de sociedad diferente al de los adultos, suelen contestar negativamente, y a veces hasta extrañados, como si fuera difícil concebir que en estos tiempos alguien considere importante tener un ideal de sociedad para poder participar en ella. Asumen que en todo caso son más idealistas, lo que podría traducirse en que, teniendo ideales similares, los ponderan de manera diferente, pero ningún ideal es sublimado a un nivel que no permita ser contrapesado o “negociado” con otros valores. Resaltan también que tienen un mayor respeto por la diversidad y atribuyen a su condición de jóvenes la cualidad de tener menos apego a poderes y hábitos institucionales establecidos. Por eso demuestran un mayor entusiasmo por el cambio—muchas veces por el cambio mismo—, más libertad para pensar alternativas y menos respeto por los compromisos entre grupos preexistentes. A la vez, por su propia trayectoria, tienen menos “deudas” o “compromisos”, lealtades a las que responder. Por eso, están menos limitados en el diálogo y más dispuestos que los adultos a ampliar la convocatoria de participación a nuevos actores que actualmente no tienen espacio. Se definen a sí mismos como “menos viciados”, más transparentes, más honestos y portadores de una mirada más desprejuiciada de las cosas. Reconocen también que tienen menos compromisos materiales inmediatos y que, al contar con menos activos, pueden darse el lujo de ser más arriesgados o de renunciar a beneficios personales en función del conjunto. Además, destacan que tienen menor tendencia a desalentarse mediante la frase “ya todo fue probado” y que no se resignan tan fácilmente como algunos adultos.

Demuestran una grave dificultad para mencionar en forma espontánea si tienen mayores capacidades morales o laborales que los adultos. Ignoran absolutamente dónde podría llegar a residir su eventual superioridad moral: en general, no creen tener mayores virtudes que los adultos. Sin embargo, sí tienen la percepción de un supuesto “enquistamiento” de algunos mayores que desde hace muchos años estarían instalados en el vértice de los espacios de poder, sin dejar “subir” a los más jóvenes. Es decir, no se valoran como moralmente superiores, pero sí consideran que la renovación generacional de los espacios de poder siempre es positiva, aunque no puedan establecer espontáneamente razones concretas para justificarla.

Tampoco tienen conciencia de tener mayor capacidad laboral, salvo por el hecho de “tener más pilas”, lo cual referiría a un compromiso laboral con los resultados y una mayor disposición a probar diferentes y nuevas alternativas de acción. Según su propia visión, lo bueno es que no se quedan quietos, hacen cosas aún sin recursos. Es necesario interpelarlos para que reconozcan otra clase de capacidades superiores. Así, mencionan el manejo de nuevas tecnologías de información, capacidad creativa, potencial transformador y flexibilidad para adaptarse a los cambios.

En algunos casos postulan que son idealmente “agentes de cambio social”, los dinamizadores de nuevas tendencias. Son más rápidos que los adultos para tomar decisiones, aunque más lentos para el análisis de las decisiones en sí. También tienen más facilidad para arribar a consensos, para “limar asperezas” ágilmente. Destacan que las diferencias entre los adultos a veces son muy de base y que es difícil poder construir sobre eso. Entre los jóvenes las bases no son tan fijas. Además, están menos burocratizados y más dispuestos a aprender nuevas líneas de trabajo. Sin embargo, tienen “poca noción de la necesidad de crear consen-

*so en las decisiones, poca capacidad de componer”. Señalan asimismo que “el joven tiene más proyectos que recuerdos, mientras que el adulto tiene más recuerdos que proyectos”. Muchos adultos niegan el presente porque quieren volver a algún pasado de supuesto esplendor, mientras que los jóvenes quieren pensar el futuro a partir del presente. Tendrían así mayor facilidad para percibir lo bueno y no sólo lo malo, lo que existe y no sólo lo que falta, lo que hay que cambiar y no sólo lo que hay que recuperar. La sociedad envejecida se vuelve conservadora y, en casos en los que existió un pasado de bienestar, el afán de conservación se vuelve más riguroso.*

La juventud tiene capacidad de movilizarse masivamente. Diversos acontecimientos ejemplifican esa afirmación. Desde la mega fiesta “Creamfields” hasta la peregrinación a Luján o las movilizaciones en campañas solidarias, dejan en claro esta capacidad, que no siempre está suficientemente aprovechada en sus orientaciones. Además, cuando algunos jóvenes se involucran en lo público ejercen un inmediato poder de atracción sobre sus pares. Según el testimonio de uno de ellos: *“los jóvenes nos agrupamos. El tema es que no lo hacemos en función de lo que querríamos cambiar. Porque tribus urbanas como las que existen ahora no existieron jamás. Nos agrupamos, pero tenemos que buscar la forma de convencernos a nosotros y a los otros jóvenes de que tenemos la fuerza para hacer cosas. Muchas de las formas de reunión que tenemos ahora no tienen nada que ver con la participación. Las cosas que nos reúnen se redujeron simplemente a salir, juntarse para ver un recital, para ver música... Tienen más que ver con la satisfacción personal que con la de ayudar al otro. A pesar de que es algo que no nos juega a favor, los grupos que ya están en nuestra realidad también son un capital que*

*tenemos que aprovechar*". Desde similar punto de vista, un militante joven señalaba que *"el interés en la política no equivale al interés en agruparse"*.

Otra de las características que destacan a la hora de pensar en ventajas de los jóvenes se resume de la siguiente forma: *"nuestra vida es un constante trabajo de campo; vivimos la realidad, somos el sector social que más vive el mayor espectro de la realidad"*. El joven está más en contacto con lo que pasa en la vida pública que el adulto. Muchos obtienen información por Internet y la mayoría experimenta al andar por las calles sin un objetivo definido.

Algunos señalan que los jóvenes tienen más tiempo libre que podrían dedicar a actividades vinculadas a lo público. Además, sostienen, su participación masiva podría contribuir a la mejora de la imagen de la política, en tanto se evidenciaría una renovación de caras e ideas. Finalmente, remarcan que, por ser una porción relevante en el conjunto social, deberían tener representación política igual que otros sectores. Para que las instituciones no pierdan legitimidad, resultaría necesaria la aceptación de los jóvenes, al menos por la sola porción que representan en el conjunto de la población. A la vez, es preciso acabar de derribar la consideración de los jóvenes como suficientemente "maduros" para hacerse responsables de ciertos temas y demasiado "inmaduros" como para intervenir en ciertas decisiones. Cualquier invitación honesta a participar debe incluir la toma de decisiones. Una comunidad de ciudadanos se construye cuando todos tienen incidencia en las decisiones que influyen en sus vidas.

Pocos jóvenes mencionan como ventaja el hecho de que tienen en promedio un mayor nivel de educación formal que los adultos, y ninguno su eventual capacidad o velocidad para tratar varios temas al mismo tiempo. Si bien se trata de aspectos destacados frecuentemente por

especialistas, son capacidades que no se conciben como diferenciales o a las que no se les otorga suficiente valor.

En cuanto a las dificultades que reconocen —éstas sí espontáneamente—, aluden al hecho de que suelen ser ansiosos y que quieren hacer todo inmediatamente, que no son perseverantes y que carecen de la prudencia que aporta la experiencia. Además, señalan que si bien es cierto que están más abiertos a interactuar con personas de otra clase social, también son más incisivos. Los niños no suelen tener prejuicios y los adultos ya aprendieron a ser delicados en sus apreciaciones. En cambio, los jóvenes dejan de hacer lo que no quieren y no dejan de decir lo que quieren.

Aparte de la identificación de potenciales ventajas de una eventual mayor tendencia de los jóvenes a involucrarse en lo público, se consultó en los talleres respecto al modo en que creen que funciona actualmente la participación ciudadana y cómo creen que podría producirse un aumento de su propia intervención en la vida pública.

En primer lugar, algunos ponen en duda las intenciones que realmente tienen —personal y grupalmente— de participar. Desde la postura negativa, señalan que hubo una pérdida de ideales, ya no existe la "sed de cambio", ni las utopías que sí movilizaban a la juventud en otras épocas. Sólo se participa tras algún incentivo material o alguna clase de beneficio, o bien en eventos puntuales que no trascienden su propia duración. "Apatía" es la palabra que definiría la actitud de la mayoría de los jóvenes en relación a la participación. *Según un joven militante, "los jóvenes actuales no han conocido la política que enamora y de ahí también su falta de apasionamiento. Amarga comparar la pasión del pasado con la situación actual"*.

Desde otra postura, se responde que los actuales niveles de participación son

reflejo de la falta de canales adecuados para los jóvenes. Particularmente en relación a la gestión municipal, se señala que el vínculo no es fluido y que hay trabas burocráticas elementales en algunos sectores; incluso se observan casos en que no hay voluntad política para que la juventud tenga un rol activo en la toma de decisiones. De todas formas, muchas veces no se abren las puertas simplemente porque no hay nada para ofrecer. Cuando la gestión política es simple administración, la convocatoria es innecesaria y hasta un obstáculo. Algunos argumentan que los jóvenes son siempre bienvenidos a la hora de “poner el cuerpo”, al movilizarse en manifestaciones, al repartir volantes o encargarse de las *pintadas*, pero que nunca son convocados a la toma de decisiones. Es razonable que eso ocurra cuando se piensa que todas las medidas que hay que tomar son meramente técnicas. Pero cualquier reforma social requiere también de una transformación cultural para trascender, y no es posible reformar la cultura sin la participación de la comunidad, uno de cuyos principales impulsores es el entusiasmo de la juventud.

Desde una tercer óptica, se atribuye la escasa participación política a las dificultades económicas por las que muchos de los jóvenes y sus familias están pasando, lo que hace imposible pensar en actividades que no sean la sobreocupación o la búsqueda de empleo. Además, se señala, trabajar o estudiar son actividades que no pueden descuidarse porque a mediano plazo las familias dependerán de los ingresos de los jóvenes.

También se reconocen problemas relacionados a la falta de formación para la participación, a la falta de vocación de liderazgo juvenil y a la falta de recursos pertinentes a la participación (disposición de espacios propios, movilidad, etc.). Hay quienes agregan que como generación están marcados por el temor que les transmitieron sus padres de lo vivido en los ‘70,

aprendizaje que hay que desandar por medio de la promoción de una participación pacífica y libre de amenazas. Otros, que la misma actividad política juvenil es poco efectiva y que, tras algunas derrotas, todas las agrupaciones acaban trabajando para algún puntero que les ofrece a cambio recursos y consignas para continuar con sus actividades iniciales: *“vamos a seguir a Carlitos Piquetero para que nos dé la teca para pintar el centro cultural, y después vamos a hacer marchas al obelisco porque a José Piquete lo llevaron preso”*.

Asimismo, hay quienes están convencidos de que su participación es desalentada deliberadamente desde las políticas públicas mediante diferentes tipos de acciones. Se trata de una versión conspirativa muy difundida: *“el poder no te quiere y es capaz de manipular a su gusto a los grupos, hace todo lo posible por desalentar a tu grupo, por cerrarle puertas”*. Hay algunos casos en que se trata de una postura basada en una experiencia real, pero la mayoría de las veces simplemente es una forma de justificar la desidia.

Desde un análisis más profundo se destaca que el actual estereotipo de joven exitoso no coincide con la imagen del joven que participa socialmente. Según el testimonio de un observador, *“los ámbitos de participación están acompañados de ese estigma de que es aburrido, no sirve o no llegás a nada. En el 2001 parecía que iba a cambiar la cosa y que iba a estar bien visto y se iba a poner de moda participar socialmente, pero después se fue diluyendo”*. Además, el mensaje constante en ciertos medios es el de disfrutar de la etapa de la belleza y la libertad juvenil que se evapora con tanta rapidez, sin ocuparse de las preocupaciones que, de todos modos, no se podrán esquivar en la adultez. La consigna sería aprovechar la frivolidad descomprometida de la juventud que es tan corta, antes

de que toque enfrentar la lucha de la vida adulta, que uno sabe que “es cruel y es mucha”.

Por último, se menciona la idea impregnada en el conjunto de la sociedad que vincula la política a lo corrupto, desincentivando cualquier iniciativa personal de participación. Por su edad, los jóvenes no han sufrido tanta desilusión como los adultos en este aspecto, pero *“tienen una radio en la casa que todo el día les dice: no te metas, no te involucres, son todos una porquería, esto no sirve para nada”*. Algunos padres transmiten esta clase de mensajes desmotivando y desacreditando el involucramiento en la política y, difundiendo la idea de que *“lo mejor es gobernar sin políticos”*.

Desarrollando con los entrevistados más la idea de participación, se destaca que en general hay muy escasa búsqueda de información. El hábito de la lectura política es infrecuente. Pocos leen diarios, revistas y folletos, y la atracción por los noticieros es escasa. Hay insuficiente conocimiento sobre lo que ocurre en el país y en los municipios en particular. En muchos casos, los jóvenes evalúan que no hay interlocutores institucionales con la municipalidad. El edificio municipal suele ser un palacio infranqueable del que se desconoce su funcionamiento más elemental. Asimismo, en la mayoría de los casos se aclara que el único contacto con el poder legislativo local ha sido en visitas guiadas al Concejo Deliberante, organizadas por la escuela. Sin información, no surgen inquietudes ni propuestas.

Se le demanda al gobierno municipal más información en general y sobre los asuntos municipales en particular. Hay entre los jóvenes un generalizado desconocimiento sobre los programas que los incluyen, sobre los canales de participación abiertos para ellos y sobre los procedimientos y requisitos que hay que cumplir para participar, desde el ejercicio del reclamo o

la elevación de propuestas, hasta la ocupación de algún espacio en la gestión pública. Puntualmente, muchos de los participantes de los talleres ignoraban la existencia de la Dirección de Juventud Municipal y es extraordinario que conozcan sus objetivos o proyectos. Por parte de las áreas específicas de juventud, se manifiesta una impotencia en ese sentido. Se sienten limitados por la apatía que atribuyen a los jóvenes, a quienes afirman que es difícil llegar o movilizar. Se trata de un círculo vicioso de apatía y desconfianza, que sólo puede ser quebrado por la firme acción de los poderes públicos.

La mayoría de los jóvenes tiene la sensación de pertenecer a un grupo social sin influencia política, lo que seguramente se vincula a la ausencia de un liderazgo juvenil sólido. El liderazgo requiere constancia, compromiso, creencia en valores hacia los cuales conducir al conjunto, habilidades para las relaciones interpersonales, etc. Es un arte que no se hereda, se aprende. La imposibilidad de pensar más allá de lo más próximo y de pensar pasos sucesivos a seguir, no alienta el aprendizaje de las destrezas de la conducción. Algunos jóvenes manejan variadas fuentes de información, pero no han sabido transformar eso en una fuerza para el liderazgo. Además, la bandera de la horizontalidad a rajatabla que enarbolan en respuesta a la verticalidad que observan críticamente en las instituciones adultas, impide que sobresalgan figuras juveniles y conduce a que ninguna figura que se destaque parezca deseable. A la vez, la desvalorización de la política en general produce suspicacia hacia todo aquel que convoque, y se desconfía de las verdaderas intenciones de quien intenta organizar o movilizar grupos: *“si convoca debe estar buscando algún puesto u otro beneficio”*. Por otro lado, la falta de resultados observables e inmediatos en los emprendimientos de quienes sí se integran a un pro-

yecto político o social inhibe también el surgimiento de vocaciones de liderazgo.

Pero la explicación a la carencia de liderazgos juveniles no se completa sin la mención de la falta de adultos líderes que abran espacios para jóvenes y que sean guías legítimos en base a su capacidad y confiabilidad, según el reconocimiento de los mismos jóvenes: *“quien debiera estar siendo líder no tiene atributos de tal figura”*. La juventud se siente valorada sólo en momentos electorales. Como en la canción de Raúl Porchetto, la consigna es: *“para guerra o elecciones, pibe no nos abandones”*. El propio debate político no otorga prioridad a las demandas y las expectativas de los jóvenes, no los representa como sector con intereses específicos, no refiere al mundo que ellos perciben, y utiliza modos de expresión que no les son propios: lenguaje en lugar de imágenes audiovisuales, oradores que siempre son adultos, discursos en base a contenidos repetitivos y poco creíbles, cinismos y sobreentendidos para evitar temas que es preferible no mencionar, invitación a instituciones y prácticas poco atractivas. Hay una evidente sensación de que “los políticos” no representan los intereses juveniles. Muchas veces esa sensación conduce a conclusiones que asocian directa e invariablemente la incapacidad de representar a un sector con la no pertenencia al mismo. De este modo, el mundo juvenil y el mundo adulto se desconectan cada vez más y la política se impregna de un aura de práctica exclusivamente adulta que, en principio, no le favorece. Con respecto a la participación en lo local, se presentan opiniones que señalan que quien no es integrante de alguna agrupación no tiene posibilidades de tener ninguna influencia sobre las decisiones municipales. Otros opinan que la situación es más complicada, que es imposible entrar al gobierno municipal sin un vínculo previo, sin ser pariente o amigo de alguna persona influyente.

Por eso hay más participación social que política. Los jóvenes suelen ser solidarios y tener un fuerte sentido de la justicia, pero han descuidado la participación continua en la gestión de lo público. Esa irregularidad se destaca como un factor que dificulta la construcción de propuestas. Las intervenciones intermitentes imposibilitan la proyección de roles personales o grupales en la vida pública a mediano o largo plazo. Algunos evalúan negativamente esta modalidad: *“si se quiere cambiar la política hay que participar en ella”*. A su vez, la falta de proyectos amedrenta la predisposición a abrir el juego a los jóvenes.

La postura del tipo “no queremos ser parte de lo que se está haciendo” produce automarginación de los lugares de decisión. En referencia a esta observación, algunos analistas señalan que históricamente no se ha luchado por imponer la perspectiva generacional (o al menos la de los jóvenes), como sí se ha hecho con la perspectiva de género, sino que se ha insistido en la ampliación de los espacios de participación exclusivamente juveniles, provocando así una automarginación que acentúa su exclusión de los ámbitos de decisión. De todas formas, existen unos pocos jóvenes que participan en los canales institucionales, pero siendo éstos relativamente estrechos y estando tan condicionados a un estricto curso honorífico o escalafón, desalientan a la mayoría.

## ¿Qué proponen los jóvenes?

Una opinión generalizada sostiene que es necesario diseñar proyectos con los jóvenes que los tengan como agentes multiplicadores, a fin de provocar el quiebre de la apatía y del individualismo. Algunos agregan que es necesario romper con la lógica de que lo que funciona mal

es por un complot, que es preciso empezar a participar y demostrar que, en algunos temas, es cuestión de “meterse”. Otros sostienen que pueden efectuarse acciones a nivel microsocioal, pero que es imposible pensar a gran escala, allí “*la torta ya está repartida*”. Todos rechazan las convocatorias a simplemente “estar”, o las reuniones que simulan consenso cuando son la teatralización del aval de decisiones previamente tomadas.

En concreto, se sugiere que el gobierno municipal preste el servicio de informar y explicar las funciones de los diferentes órganos, sus programas, sus resultados y los roles de los propios funcionarios en ese andamiaje. En ese sentido, tanto Internet como la televisión podrían ser buenos medios en las grandes ciudades. En el interior, a diferencia de otros grupos sociales, los jóvenes no tienen experiencia en el acto de ejercer presión sobre los organismos públicos, y por ello tampoco suelen conocer los canales convencionales de información.

Se demanda también la revalorización del papel del Polimodal para tal fin; el sistema educativo debería preparar mejor a los estudiantes para el ejercicio de la ciudadanía, incluyendo las posibilidades de las personas de manera individual, institucional y grupal, y mencionando qué canales de comunicación existen con los diferentes poderes. Podrían hacerse charlas periódicas informativas y de debate.

El área municipal de juventud debería acercarse a las escuelas directamente, para que los chicos supieran de su existencia y pudieran involucrarse en su funcionamiento. Puede pensarse el área como una boca de entrada al municipio, un ámbito desde el que se difundan los canales de participación juvenil actuales y potenciales. Así, los jóvenes podrían empezar a conocer el funcionamiento del gobierno municipal y entrarían en contacto con el provincial.

La condición de “entrada” del área también exigiría instalar un local visible desde los circuitos de circulación de los jóvenes y de fácil acceso, en el cual participen en papeles relevantes algunos líderes juveniles locales.

No es lógico pretender que las direcciones de juventud lleguen a los jóvenes de todos los barrios en cada uno de los temas que les competen, principalmente en las grandes ciudades. Por eso, deberían constituirse órganos encargados de articular en red el trabajo de los organismos estatales y de la sociedad civil orientados a este sector, impartiendo tendencias generales y promoviendo iniciativas en aquellos asuntos menos gestionados.

Si las áreas de juventud municipales no cuentan con recursos suficientes como para llegar a todos los barrios y, si los jóvenes no se acercan espontáneamente a su espacio de trabajo, ésta debería trabajar principalmente extramuros. Si la mayoría de los jóvenes no está participando en alguna de las organizaciones clásicas, habría que salir a encontrarlos en sus ámbitos naturales de reunión. Para algunos, esos ámbitos suelen ser las esquinas. Así se saltaría además al intermediario adulto que, muchas veces, representa a los jóvenes de su comunidad frente a la municipalidad, a veces sin malas intenciones, pero casi siempre con visiones e intereses diferentes a los de sus “representados”.

Deberían difundirse trabajos bien hechos que demuestren seguridad y convicción sobre lo que se está haciendo. Las actividades mal planificadas desincentivan la participación. La gente que trabaja “bien” atrae la participación: “*esos pibes laburan bien, sumémonos*”. Si es muy difícil ver los ámbitos de participación, es más difícil todavía ver los resultados positivos. La creación de la figura de un vocero juvenil, un interlocutor ante la Municipalidad y los demás organismos podría ser muy útil en ese sentido. Debería ser

una figura municipal o un representante externo con canales de comunicación abiertos con todos los sectores de gestión pública y comunitaria.

Los jóvenes podrían ser un canal adicional de comunicación entre el Estado y la sociedad civil, aprovechando que son quienes más andan a pie por la calle y que, en consecuencia, conocen el funcionamiento de la ciudad mejor que otros sectores de la población. A tal fin, podría crearse una oficina en la que los jóvenes ingresarán a un sistema las demandas concretas de su comunidad. Eventualmente, su poder social aumentaría si además esa oficina funcionara como espacio para la devolución del resultado de la gestión realizada.

Algunos líderes juveniles dicen tener limitaciones en su capacidad de representación porque consideran que sus vivencias son excesivamente diferentes a las de sus pares en otras condiciones socioeconómicas. Debería trabajarse entonces sobre los liderazgos y en la comunicación, fomentándose especialmente la llegada de los jóvenes de diferentes estratos sociales a los ámbitos de participación. Los jóvenes marginados suelen estar menos representados, pero también ocurre que ciertos canales institucionales se ven excesivamente congestionados por la gestión de algunos programas sociales, por lo que desalientan la formación de iniciativas vinculadas a otras inquietudes.

En toda la Provincia hay líderes juveniles no relacionados con las políticas públicas que podrían detectarse desde el área de juventud para aprovechar su “llegada” a favor de la participación juvenil. El caso de los líderes deportivos es un ejemplo de figura a la que podría hacersele una oferta abierta de trabajo en ese sentido. Además, una mayor incorporación de jóvenes a la ejecución de política pública sería beneficiosa, ya que la adhesión es mayor cuando se trata de propuestas de pares.

Gran cantidad de jóvenes ofrece actividades gratuitas de promoción social. Muchos de ellos son estudiantes universitarios avanzados. En general desarrollan sus aportes en los barrios y en los temas que manejan con más facilidad por su formación. Si se apoyara más sistemáticamente esa clase de iniciativas, podrían revalorizarse y orientarse mejor hacia la demanda real. Por ejemplo, podrían dar charlas a los jóvenes sobre temas de su especialidad, o bien organizarlas para que algún docente lo haga, ampliando así el acceso a ciertos conocimientos o habilidades al conjunto de los jóvenes. Particularmente en el caso de los jóvenes universitarios que estudian fuera de la ciudad, podría plantearse que dieran charlas en sus lugares de origen o que llevaran especialistas de las universidades para hacerlo. Se trataría de una forma de capacitación que escapa a los encuadres típicos y que mantendría vinculados a los universitarios a sus ciudades de origen.

En el mismo sentido, tanto jóvenes estudiantes como los que no lo son, discutieron un principio de propuesta para lograr más equidad en el gasto público dirigido a esta franja de edad. Algunos sostuvieron que todos los universitarios –independientemente de su condición de becarios, de estudiantes de universidades públicas o privadas– tendrían que devolver obligatoriamente una parte de su formación destinando alguna actividad en una entidad pública o comunitaria de bien público. Al menos el sistema público y gratuito tendría que funcionar como los subsidios: quien recibe debería devolver. La otra alternativa sería pautar la obligatoriedad de una práctica social como condición para recibir el título habilitante, que de hecho ya existe en algunas carreras en la Argentina, y funciona en otros países como México, por ejemplo.

Asimismo, se planteó el objetivo de que los jóvenes acerquen las problemáticas de los barrios a las universidades, que

a veces se encapsulan en su propio acontecer. Esta es una tarea que en muchos casos ya se realiza. El desafío consistiría en formularlo para su formalización en todas las carreras. Por último, se planteó reiteradamente la posibilidad de que se regulen los destinos de los egresados, evitando que se vayan al exterior sin cumplir antes con un mínimo de trabajo en el país; *“con las universidades públicas estamos financiando el desarrollo de España”*, señalaron los jóvenes de diferentes localidades del interior de la Provincia.

Las organizaciones en las que participan jóvenes deberían proponer sistemáticamente actividades interinstitucionales que sirvieran para confrontar opiniones: esto haría a la práctica para el surgimiento y la formación de líderes juveniles. También resulta indispensable replicar las buenas prácticas. Entre las citadas como tales, se incluyen la de los estudiantes secundarios de los últimos años que se insertan en los puestos municipales más acordes a sus intereses personales a cambio de un sueldo pequeño. Esta práctica se lleva a cabo en el Partido de Pinamar y sirve para que los jóvenes definan sus orientaciones y adquieran alguna experiencia de trabajo. También resulta destacable la experiencia de la Escuela de Gobierno municipal que funcionó en el partido de Campana y los Parlamentos Juveniles organizados con estudiantes de Polimodal desde la Municipalidad y la Universidad en Tandil. Todas ellas son demostraciones de iniciativas que superan la oferta pública exclusiva de deportes o recitales para los jóvenes. En el presente Informe se incluye un capítulo dedicado a compilar algunas de las experiencias más destacadas en la materia.

Si bien la mayoría de las organizaciones comunitarias no están dirigidas por jóvenes ni orientadas a ellos, sí existen algunas que deberían recibir más apoyo por parte de las instituciones estatales. No es

admisible la explicación de que se trata de demandas sin urgencia. Desde una organización de este tipo se denunció que es muy difícil conseguir un subsidio: *“si no hacés un proyecto productivo estás cajoneado”*. Esta clase de decisiones los lleva a pensar que las políticas públicas *“son para otra edad, directamente”*. Para ellos no es suficiente razón la necesidad de priorizar proyectos productivos, aún cuando el presupuesto siempre parece ser escaso. Entienden que se trata de una discriminación por la edad de quienes presentan los proyectos, ya que presencian cómo otros grupos sí reciben subsidios para actividades no productivas. Aquí, la concepción del joven como alguien activo y libre de necesidad de apoyo estatal queda en evidencia: niños, mujeres y adultos mayores son objeto de toda clase de políticas; para jóvenes varones el presupuesto nunca parece ser suficiente si no se lo justifica con actividades supuestamente productivas, muchas veces englobadas bajo el eufemismo del “desarrollo local”, como si éste fuera sólo una cuestión de asistencia descentralizada a la pobreza. Como bien lo resumió un joven entrevistado, *“no es que necesitemos fortunas, pero sería bueno no tener que ser el joven más pobre entre los pobres para que te llegue una política pública”*.

Un error que suele traer consecuencias duraderas es convocar a jóvenes a diseñar proyectos que no son viables por falta de recursos o de voluntad política. Promover la participación exige un aprendizaje conjunto de quienes convocan y quienes son convocados. Invitar a intervenir en acciones que no sean de utilidad genera frustración en ambos. Debe hacerse también un diagnóstico institucional de la misma municipalidad para comprender los caminos probables y los improbables. Los objetivos concretos convocan. Los cambios reales también.

En la política, como en otras disciplinas, la demanda de cambios es perma-

nente. Alcanzar un objetivo significa automáticamente la necesidad de procurar nuevos objetivos a ser logrados. Por eso las instancias de participación deben ser continuamente recreadas. Se trata de un proceso que, bien planificado, permite ir aumentando la calidad institucional y, a la vez, una ampliación del conocimiento que los ciudadanos tienen acerca de sus propios derechos.

## Un desafío para la gestión local

En los talleres se trabajó con jóvenes que de alguna manera ya están participando: miembros de organizaciones sociales y políticas, vinculados formal o informalmente al gobierno local, y hasta empleados municipales. Fueron pocos los jóvenes presentes en los talleres sin filiación a alguna organización. Por lo tanto, sus opiniones están condicionadas por esta característica. De por sí, los participantes tuvieron en común una cierta inquietud hacia el funcionamiento de la vida pública. En ese sentido, posiblemente hayan sido representantes de los jóvenes más informados y de visiones más optimistas. A pesar de ello, tuvieron mayor predisposición a mencionar los aspectos negativos de la participación que los positivos.

En general, como ya fue mencionado, reconocen que, a diferencia de jóvenes de otras generaciones, ellos no tienen una idea diferente de la de los adultos acerca de lo que es la sociedad. Sí ensayan valores diferentes, pero no alcanzan a ser un grupo de crítica social consistente, con ideales de cambio propios y claros. Por el momento, los jóvenes no son sujetos de cambio, motor para las transformaciones: “*están haciendo la plancha*”. Mostraron dificultades para superar el análisis diagnóstico y construir alternativas posibles. Tienen necesidad de expresar el pun-

to de vista personal sobre la realidad y de llegar a ciertos consensos entre los presentes sobre ese análisis. Pero además, según lo observado y lo que comentan jóvenes que trabajan con otros jóvenes, es tal la falta de espacios de discusión que los encuentros requieren siempre de una primera instancia de “*catarsis*” que muchas veces no logra superarse.

También les resulta complicado imaginar propuestas que tengan al joven como actor, como promotor de políticas y no como beneficiario. A veces ellos mismos no saben qué podrían aportar, con qué activos cuentan, qué responsabilidades podrían asumir. Algunos de los consultados no logran imaginar su papel fuera del mero estar presentes, dando apoyo afectivo, información, educación o consejos. Palmaditas en la espalda y no mucho más. No hay planteos alternativos porque no se sabe qué se quiere cambiar y cómo hacerlo. Evidentemente, la tendencia generalizada es pensar en un otro necesitado, pobre, agredido, al que hay que resguardar. Difícilmente exponen iniciativas dirigidas a jóvenes como ellos mismos, probablemente porque se figuran un modelo de política social netamente asistencial. No es extraño que así sea, cuando en buena parte de los ámbitos universitarios y de gestión de las políticas sociales suele caerse en la posición absurda de descalificar cualquier objetivo que no sea asistir a la pobreza más extrema. Curiosamente, algunos de quienes sostienen esa versión no pueden a la vez dejar de criticar cada minuto al neoliberalismo y su afán de achicar el Estado.

Otros parecen estar enredados en una estructura que los inmoviliza. La impotencia ante problemas estructurales tales como la pobreza, la exclusión, la crisis económica, los factores culturales globales, el individualismo y el consumismo fueron enumerados entre los elementos que inhiben el diseño de políticas y la acción local. Combinan esas causas con la

acusación difusa y generalizada de una falta de voluntad política de los funcionarios, de los empleados municipales o dificultades presupuestarias, a veces hasta todo eso junto, dando por resultado una inquietante limitación de su capacidad propositiva.

En general, se les hace más fácil pensar en propuestas para los adolescentes que para los jóvenes de 18 a 25 años de edad. ¿No existen como grupo ni para ellos mismos? ¿Hay problemas específicos? ¿Ellos mismos no se consideran un grupo prioritario para las políticas públicas?

Por un lado, se demanda la separación entre las acciones públicas y la política partidaria, se pretende que los empleados municipales sean asépticos respecto a los partidos políticos, pero por otro lado se reconoce la necesidad de revalorizar la política como modo de mejorarla. *“La dirigencia política de estos últimos años no ayudó a que los jóvenes distinguieran lo institucional de lo político”*. No se trata de una contradicción en la demanda, sino de una oportunidad para mejorar la calidad institucional de la gestión pública municipal. Obviamente, no es razonable pretender que funcionarios políticos y técnicos carezcan de opinión política. Lo que sí puede integrarse es la vocación de muchos jóvenes por separar la gestión pública de las preferencias partidarias. No es razonable pensar que los jóvenes dirigentes políticos pueden ser aquellos que aprenden rápidamente a colaborar sólo con los de su bando.

En el mismo sentido, en más de un municipio hay jóvenes que demandan que el director de juventud sea joven y no esté afiliado a ningún partido político. Para algunos, la búsqueda de pureza adolescente, la pretensión de independencia absoluta del mundo adulto (la política es adulta) y la desconfianza hacia las instituciones son valores tan centrales que les imposibilitan soportar que el director sea, también, funcionario del partido que gobierna.

Es necesario entonces que quien ocupe ese cargo cuente con suficiente habilidad como para coordinar diversas actividades y promover grupos de diferente índole. Es indispensable entender que en una democracia de ciudadanos no son los jóvenes los que se tienen que adaptar a las reglas de juego de la política partidaria, sino que es la política en conjunto –la política pública y la política partidaria– la que se tiene que adaptar a los jóvenes.

La idea de participar como un derecho o una obligación, como parte del ejercicio de la condición de ciudadano, no parece estar instalada en general; más bien participan quienes tienen una vocación social (*“yo quiero ayudar a los pobres”*), algún afán de pertenencia a un grupo, o quienes consideran la participación como un modo de acceder a ciertos bienes, prestigio o posiciones. Se relaciona la participación al interés individual por hacerlo, no con un mandato moral. Este interés no se vincula generalmente con el acercamiento del municipio a los jóvenes, sino con el de los jóvenes al municipio, desencadenado por alguna cuestión personal. Si bien es cierto que se focalizó en la participación en la gestión municipal, la participación sindical o en el ámbito de trabajo no fue mencionada siquiera una vez por los jóvenes. Tampoco las instituciones de enseñanza fueron señaladas como espacios de participación o de generación de líderes o representantes juveniles, salvo en los encuentros con dirigentes estudiantiles.

Hay quienes afirman que existiría una relación entre la edad del intendente municipal y la apertura a la participación juvenil en la gestión local: si también es joven, hay mayor participación. Lo cierto es que, más allá de la edad del jefe comunal, la ocupación por jóvenes de los cargos de elevada responsabilidad en la gestión municipal, si bien no debería ser un objetivo en sí, de todas formas es una manera de generar confianza en el resto de los jóvenes, y muchas veces también

entre los adultos que no están afiliados a ningún partido político.

Más que de escasez de participación juvenil, el problema es que las acciones desarrolladas por los jóvenes se encuentran disgregadas. Los mismos jóvenes no conocen lo que otros jóvenes hacen y asumen fácilmente el discurso de la apatía juvenil. De acuerdo a la encuesta realizada entre jóvenes bonaerenses, y comentada en otro capítulo del presente Informe, el 23% de los encuestados afirmó tener elevado nivel de participación en al menos una de las cuatro categorías presentadas (parroquias o asociaciones religiosas, clubes, centros culturales o vecinales, micro emprendimientos, partidos políticos o gremios). Extrapolando este dato al conjunto de la población de entre 18 y 29 años, eso significa que hay aproximadamente 650.000 jóvenes participantes sociales activos en toda la Provincia de Buenos Aires. El reconocimiento a su trabajo, su valorización y difusión, emergen como primer paso necesario para desmitificar la imagen de falta de compromiso. A su vez, esto redundaría en una ampliación del poder de estos grupos en sus comunidades.

Resulta relevante el hecho de que remarcan a cada momento que la participación no se canaliza exclusivamente a través de la actividad política; en general prefieren las organizaciones comunitarias. Solamente una décima parte de los 650.000 jóvenes mencionados participa activamente en la política partidaria: apenas 70.000, un número de todas maneras inquietante. Recién una vez explicado que ésta es la única forma legítima de cambio social relevante (para bien o para mal), algunos reconocieron que la participación política puede ser una condición necesaria para influir sobre los cambios sociales. Igual, menos del 3% de los jóvenes manifiesta tener vocación política, y todos, los que la tienen y los que no, la entienden como la entrada por el nivel inferior en un escala-

fón donde los ideales son dejados gradualmente de lado a favor de las cuestiones operativas. Todos ellos saben que para participar en política local deberían tener más información y mayor capacidad de formular proyectos, ambas difícilmente pasibles de ser provistas por las vías cotidianas de formación.

Se puede agregar que, a pesar de la falta de discurso y posición respecto a la participación política, en todos los talleres hubo mucho interés en discutir el tema, desde una visión pesimista, pero con mucha más pasión que la que se puso en los demás ejes. Hay desinformación y falta de práctica, pero no se advierte la apatía.

Aunque no era ese el objetivo, en varios de los municipios en los que se llevaron a cabo talleres se generaron grupos para trabajar y presentar propuestas al gobierno local. Es probable que alguno no haya tenido continuidad, pero dejan en evidencia que, si se brinda el espacio adecuado, la denuncia de apatía es infundada.

Los jóvenes del Conurbano se mostraron más descreídos que los del interior de la Provincia. Cuentan con un discurso más complejo, pero probablemente les cueste el doble llegar a la acción. Por el contrario, los jóvenes del interior parecen estar más libres de escepticismo y, con un poco de incentivo, son capaces de armar proyectos propios y creer en su capacidad de influir en la gestión municipal.

En los encuentros con jóvenes no pudieron identificarse grupos por sus preferencias políticas, salvo en los casos en que se convocó expresamente a jóvenes militantes. La identidad política, en los pocos casos en que la tienen, no parece tener peso entre ellos, salvo cuando es producto de una herencia familiar fuerte. Más que la adhesión a un partido político, parecieran ser definitorios de su identidad y sus relaciones sociales con otros jóvenes la preferencia musical, un cuadro de fútbol, un hobby y hasta el lugar de residencia. Los jó-

venes no son conformistas políticamente. Sin embargo, esto no parece inducirlos naturalmente a la militancia, sino a la abstención de la participación política y la elección de otras vías de participación.

De todos modos, muchos de los jóvenes escépticos se imponen a sí mismos la obligación de ser idealistas. Este parecería ser un imperativo ético que los lleva a un forcejeo continuo entre el ideal y su amarga desconfianza. Aun quienes se muestran más descreídos corrigen luego en la misma conversación su propia actitud mediante explicaciones que denotan supuestos no necesariamente acertados: *“Si yo a los 24 años creo que está todo perdido, agarro la cuatro cinco y me vuelvo la cabeza”*. Seguramente esto sue-

ne demasiado extraño para los adultos, por tratarse de un idealismo sin grandes ideales. Pero no es una mala base que la participación juvenil sea determinante en la introducción de reformas sociales y políticas, aprovechando esa rara mezcla de realismo minimalista, gregarismo y búsqueda de pureza que caracterizan a los jóvenes de hoy. De los gobiernos locales depende que el impulso de más de medio millón de bonaerenses no permanezca simplemente en el nivel de la bella pero intrascendente vocación de solicitud personal. Sólo así podrán ellos liderar una profunda transformación social en Buenos Aires, la que permitirá que por fin se pueda escribir la historia entre todos los bonaerenses.